

## CAPITULO II.

### Grandeza de ánimo.

**B**OBADILLA se habia apoyado para obrar de aquella manera tan indigna en una de las cláusulas de las instrucciones que le habian dado el 21 de Mayo de 1499, que decia, refiriéndose á las personas que habian tomado parte en la rebelion capitaneada por Roldan:

«Se le autoriza á apoderarse de las personas y secuestrar los bienes de los que aparezcan culpables.»

No tenia, pues, derecho á tratar á Colon ni á sus hermanos de aquella manera.

Pero tergiversando el sentido de esta cláusula, satisfizo la sed de venganza que devoraba á sus protectores.

Condenado por él Colon, lógico era que en vez de aparecer á sus ojos como delincuentes aquellos á quien el almirante perseguia, fuesen los más leales servidores de los reyes, y por consiguiente los más dignos de premio.

Fueron, pues, los rebeldes, los primeros, á quienes llamó á declarar contra Colon.

El resultado de sus investigaciones fué todavía más calumnioso que la sumaria que llevó Aguado á España.

¡Qué de acusaciones fulminaron aquellos miserables contra el que habia sido en tan apartadas regiones la imagen de la Providencia!

Puso en libertad á Riquelme y á los demas jefes de la in-

surreccion, y repartió entre ellos los principales cargos de la colonia.

Algunos de ellos insinuaron á Bobadilla la idea de acabar con los tres hermanos de una manera que pudiese justificarse ante los reyes y ante el mundo.

—El almirante, le decian, puede muy bien morir bajo el peso de sus enfermedades, que son ya conocidas; su hermano el adelantado en una escaramuza con los rebeldes, y don Diego de pena al perder á sus dos queridos hermanos.

Esta idea halagó por un momento á Bobadilla.

Borrar para siempre el nombre de Colon, reducirle á la nada, encerrar en siete piés de tierra aquella figura que habia llenado todo el mundo... sus malas pasiones, que se habian desarrollado en la colonia, le ofrecian, si realizaba semejante proyecto, un goce inmenso.

Pero no faltó quien oyera estas indicaciones.

Deseando á toda costa contrarestarlas, aprovechó la primera ocasion para conseguirlo.

El falso paje, que era quien habia oido las malévolas intenciones de los enemigos de Colon, acercándose á su amo:

—Permitidme, señor, le dijo, que os dé mi parabien por el triunfo que habeis conseguido. Nadie mejor que nosotros, los que hablamos con el pueblo, podemos saber el aprecio que inspiran los jefes á las masas, y yo os aseguro que no hay en la colonia persona que no bendiga á Dios por haberos traído á ella.

Estas frases agradaron en extremo á Bobadilla.

—Es tanta mi alegría, añadió el paje, que voy á tomarme la libertad de pedir os un señalado favor.

—¿Qué pretendes? preguntó con amabilidad Bobadilla.

—Yo supongo, señor, y perdonad mi atrevimiento, que deseando castigar la soberbia del almirante y de sus hermanos,

habreis dispuesto enviarlos con cadenas á España para que los que no ha mucho los vieron llegar en triunfo y aclamados hasta de parte de los reyes, tengan ocasion de verlos ahora cargados de cadenas, yendo como criminales á poder del verdugo, que los esperará allí para castigarlos. Me parece ver este espectáculo. Admirará todo el mundo vuestra grandeza, vuestro poderío, al ver que habeis triunfado de esa manera tan grande de unos extranjeros que parecian llamados à eclipsar la gloria de los mismos reyes.

—Es cierto, es cierto, dijo Bobadilla, acogiendo aquella idea con entusiasmo.

—¡Qué prestigio, qué fama alcanzareis! No me basta pensar en ello; necesito asistir á ese espectáculo, y el inmenso favor que os queria pedir era que me enviaseis á España, y dar orden al capitan que ha de mandar los buques para que me lleve á bordo, para daros cuenta de todo lo que suceda, para contaros con sus vivos colores el triunfo que habeis de alcanzar allí sobre vuestros enemigos.

—Te lo concedo, exclamó Bobadilla, decidiéndose en aquel instante á realizar la idea que maquiavélicamente le habia sugerido el paje.

Mandó activar el proceso, escribió cartas á sus cómplices y envió á los reyes una Memoria comentando todos los cargos que resultaban contra el almirante.

Cuando estuvieron dispuestas las embarcaciones, llamó á uno de los capitanes que habia llevado á sus órdenes, llamado Alonso de Villejo, y le confió el mando de las carabelas en donde debian ir los prisioneros.

—Cuando llegueis á Cádiz, le dijo, entregareis los presos al obispo Fonseca, ó á algunos de sus agentes autorizados por él para recibirlos.

Villejo, aunque debia grandes favores á Fonseca y estaba

decidido á cumplir las órdenes de Bobadilla, era jóven, tenia buen corazon, y aunque le pesaba en extremo encargarse de los prisioneros, aceptó la mision resuelto á hacer por ellos cuanto pudiera.

—Es necesario, le dijo Bobadilla, que mañana mismo os deis á la vela. Ya están dispuestos los colonos que deben acompañaros; yo no quiero ver al almirante ni á sus hermanos. En uno de los buques que han de partir está don Diego, en el otro don Bartolomé. Vos mismo ireis momentos ántes de partir, al calabozo donde está Cristóbal Colon, le sacareis de allí, le conducireis á bordo de vuestra carabela, y procurareis que durante el camino no pueda hablar con ninguno de sus hermanos.

—Confiad en mí, dijo Vallejo; cumpliré vuestras órdenes.

Cuando llegó el momento, mandó al carcelero abrir la puerta del calabozo, y aquel fué el ruido que le hizo pensar en su próxima muerte.

Durante los días que habia estado en el calabozo habia adquirido la más completa resignacion.

¡Hasta le sonreia la idea del martirio!

Pero era porque confiaba en la Providencia.

Sin embargo, al ver entrar por la puerta del calabozo al capitan, se estremeció.

No le espantaba la muerte.

Lo único que temia era exhalar el último suspiro ántes de haber podido sincerarse.

—Señor, dijo Villejo con respeto, vengo á buscaros.

—Bien venido seáis.

—Siento en extremo la mision que me han confiado, añadió el capitan; pero no tengo más remedio que cumplirla.

—Haceis bien; la obediencia es lo primero.

—Vais á tener la bondad de venir conmigo.

—¿A dónde me lleváis? preguntó con tristeza.

—Voy á llevaros á una de las carabelas que van á partir para España á mis órdenes.

—¿Qué decís? exclamó el almirante con vehemencia. ¿Vais á llevarme á España?

—Os lo aseguro.

—No me engaños; si me espera el patíbulo, decídmelo. Tengo bastante energía para poder ir hasta él y subir sus gradas.

—No, creedme; vamos á España, os lo juro por mi fe de caballero.

—Os creo, dijo Colon, estrechando afectuosamente su mano. Y respirando con fuerza:

—Partamos, sí, partamos; me parece que abandono el sepulcro para volver de nuevo á la vida.

Por orden de Bobadilla permanecieron los colonos, á pesar suyo, alejados del trayecto que debia seguir Colon desde su calabozo hasta la playa.

En el momento en que subió al bote que debia conducirle á la carabela, volvió Colon los ojos á aquellas tierras que abandonaba y exclamó:

—¡Virgenes tierras de la India, que Dios se apiade de vosotras!

Y algunas lágrimas, mucho tiempo contenidas, surcaron sus ojos, quemando sus mejillas.

Al entrar en el buque oyó una voz que resonó en su alma.

—Animo, señor, dijo el paje; yo os acompaño; no temais, Dios os ve.

Colon le dirigió una mirada de gratitud.

Isabel desapareció de su vista para que no conociese su emocion.

Las carabelas se pusieron en marcha.

—¿Y mis hermanos? preguntó Colon á Villejo.

—VI COMO

—Tambien os acompañan.

Aún no se habian alejado las naves del puerto, cuando los habitantes de la colonia, libres ya, corrieron á la playa, y desde ella se entregaron á los mayores excesos de alegría ó insultaron á Colon.

—¡Pobres gentes! dijo Colon al escuchar su infernal gritería. Esa alegría que sienten es el mayor castigo que puede darles Dios.

Cuando perdieron de vista la costa empujados por un viento favorable, que parecia obedecer á los deseos de Colon, entró Villejo en su camarote:

—Señor, le dijo, no podeis imaginaros la pena que siente mi alma; tengo que obedecer, y obedezco, pero no puedo olvidar la aureola de gloria que han ceñido y ciñen vuestras sienas; no puedo menos de sentir vuestro infortunio: tengo confianza en vos, y en último caso, no me importa sufrir más tarde un castigo.

Yo no puedo consentir que vayais encadenado en mi compañía; permitidme que os quite las cadenas y os deje en libertad.

—Noble jóven, dijo Colon, os agradezco la piedad que os inspiro y no lo olvidaré nunca; pero no puedo acceder á vuestros deseos.

—¿Por qué?

—Sus majestades me han ordenado por escrito que me someta á la voluntad de Bobadilla. En su nombre me ha puesto estas cadenas; soy vasallo leal, y las llevaré hasta que los monarcas me las manden quitar; despues las conservaré como reliquias y memoria del precio de mis servicios.

No era posible una resolucion más grande, más heroica, más sublime, y que más en armonía tuviese con el carácter de aquel hombre, á quien la posteridad habia de hacer

justicia, á quien la religion habia de pensar en satisfacerle.

No insistió Villejo.

Pero durante el viaje, que fué en extremo favorable, guardó las mayores consideraciones á los ilustres prisioneros.

Hizo que todos los que iban á bordo los respetasen, y fué tal la impresion que le quedó de la grandeza de ánimo del almirante, que acabó por considerarle como á un ídolo.

Colon, á medida que avanzaba hácia España, sentia que su corazon se ensanchaba.

No dudaba que los reyes, despues de oirle, le harian justicia, y estos sentimientos, estas esperanzas le hacian perdonar á sus enemigos y desear sólo su justificacion.

Aquel infortunio le parecia un título más de gloria, y puede decirse que el único pesar que sentia su alma era el de dejar la colonia en manos de Bobadilla, quien á su vez se habia echado en brazos de los rebeldes, los que tarde ó temprano le conducirian á la ruina.

Veia perdidos todos sus trabajos, todos sus afanes, y convertido el país que habia buscado como un tesoro para España en un verdadero cementerio; que tendrian que abandonar los pocos españoles que quedasen con vida, no siendo entonces la colonia más que un recuerdo de desventuras y desastres.

Al llegar al puerto de Cádiz, al divisar desde la cubierta del buque la inmensa muchedumbre que le esperaba, nuevas lágrimas anublaron sus ojos.

Los que le habian visto llegar triunfante, iban á verle encadenado.

¡Qué leccion para el mundo!

¡Qué leccion para el génio!

Cuando supo la resolucion de Villejo de aplazar el desembarque, se lo agradeció.

—No temo que me vean así; quiero, al contrario, que pre-

sencien mi infortunio. Pero estoy cansado, sufro mucho ahora, y las lágrimas de emocion que hay en mis ojos podrian ser atribuidas á debilidad.

—Descansad, descansad, le dijo Villejo; la hora de la justicia se acerca para vos.

Al dia siguiente muy temprano se verificó el desembarque.